



**UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA**

Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo A. Podestá"
Repositorio Institucional

Clases y movimientos sociales en los procesos de conflicto. Una interpretación desde la relación entre acumulación, hegemonía y bienes comunes

Año
2016

Autor
Galafassi, Guido

Este documento está disponible para su consulta y descarga en el portal on line de la Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo Alberto Podestá", en el Repositorio Institucional de la **Universidad Nacional de Villa María**.

CITA SUGERIDA

Galafassi, G. (2016). *Clases y movimientos sociales en los procesos de conflicto. Una interpretación desde la relación entre acumulación, hegemonía y bienes comunes*. Villa María: Universidad Nacional de Villa María



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional

II Congreso de la Asociación Argentina de Sociología (AAS) Pre ALAS 2017
LAS CIENCIAS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE HOY:
PERSPECTIVAS, DEBATES Y AGENDAS DE INVESTIGACIÓN
I Jornadas de Sociología de la UNVM
6 al 8 de Junio de 2016 Universidad Nacional de Villa María – Campus en Villa María

GT 8: Protesta, conflicto y cambio social (Matías Giletta, UNVM y Francisco Favieri, AAS, UNSJ)
gt8protesta@gmail.com

RESUMEN

Clases y Movimientos Sociales en los procesos de Conflicto. Una interpretación desde la relación entre Acumulación, Hegemonía y Bienes Comunes

Guido Galafassi¹

Renovados hechos de conflicto y movilización social que se han desarrollado en las sociedades industriales avanzadas desde los años '60 han motorizado y al mismo tiempo servido como oportunidad política para promover una renovación de las teorías sobre el conflicto social ancladas en la perspectiva del actor y del sistema social. A su vez, los procesos de conflictos, resistencias y movilizaciones sociales en América Latina en las últimas décadas han traído a estas latitudes intelectuales y académicas aquellas renovadas formulaciones teóricas. El foco se construye, en estas concepciones, desde una mirada fenoménica basada en una conjunción entre sistema social e individualismo metodológico, y está puesto en pensar el conflicto bajo las categorías de “acción colectiva” y “movimiento social” (y sus sucedáneas “protesta” y “nuevos movimientos sociales”), contraponiéndose a la visiones más dialécticas que implican considerarlos como procesos de antagonismo social.

Me propongo en cambio, partir del carácter dialéctico del proceso social para intentar interpretar los conflictos y la aparición de diferentes movimientos y organizaciones sociales en relación con el modo de acumulación en el cual se gestan y emergen, y fundamentalmente como expresión de un proceso histórico que se interpenetra con las dimensiones y dinámicas del sujeto social particular y los correlacionados procesos de construcción de subjetividades.

En escritos previos inicié un trabajo de análisis crítico de las teorías del individualismo metodológico que sustancializan al movimiento social y lo convierten en un sujeto particular con límites precisos y demarcados. El propósito de este artículo apunta a intentar interpretar y explicar las distintas fases del conflicto social y los movimientos y organizaciones colectivas en tanto relación dialéctica con el modo de acumulación dominante y la construcción ideológico-cultural de la época; analizando al mismo tiempo el rol que juegan los antagonismos entre clases sumado a identificaciones socio-culturales y políticas en la diferente sucesión y tipología de conflictos. Esto no implica minimizar o dar por superada la contradicción capital/trabajo, sino considerar otra serie diversa de contradicciones que se expresan a través de luchas y protestas sustentadas en antagonismos de otra índole (género, étnia, cultura, política) interpelando permanentemente al proceso de construcción de identidades colectivas y conciencia social.

Palabras clave: clases, movimiento social, acumulación, bienes comunes, conflicto

¹ Profesor Titular UNQ, Investigador Independiente CONICET. Director del GEACH Grupo de Estudios sobre Acumulación, Conflicto y Hegemonía. ggalafassi@unq.edu.ar

Introducción: de la caracterización fenoménica a la caracterización dialéctica de la conflictividad

Las sociedades industriales avanzadas desde los años ´60 han motorizado y al mismo tiempo servido como oportunidad política para promover una renovación de las teorías sobre el conflicto social ancladas en la perspectiva del actor y del sistema social. A su vez, los procesos de conflictos, resistencias y movilizaciones sociales en América Latina en las últimas décadas han traído a estas latitudes intelectuales y académicas aquellas renovadas formulaciones teóricas. El foco se construye, en estas concepciones desde una mirada fenoménica basada en una conjunción entre sistema social e individualismo metodológico, y está puesto en pensar el conflicto bajo las categorías de “acción colectiva” y “movimiento social” (y sus sucedáneas “protesta” y “nuevos movimientos sociales”), contraponiéndose a las visiones más dialécticas que implican considerarlos como procesos de antagonismo social. Antagonismo social que, en cambio, se expresa en los procesos de transformación y contradicción social que constituyen dinámicas inherentes al proceso social en su conjunto, siendo las clases en tanto constituyentes de la lucha de clases las categorías de análisis fundantes. La disputa económica, política e ideológica sería la clave tanto de la propia realidad como del análisis de la misma.

Pero las interpretaciones mayoritarias sobre el conflicto social que lo veían, a principios del siglo XX, en tanto desajustes del sistema, se fueron complejizando y superando a sí mismas para explicar al conflicto como funcional primero (Coser, 1954) y como expresión, luego, de la natural puja entre intereses individuales (*rational choice*, movilización de recursos, etc.), siendo el sujeto colectivo y su construcción de identidad y organización un fenómeno en sí mismo a ser explicado e interpretado, por cuanto en la base siempre se considera al individuo por sí sólo (sea más o menos egoísta) como la unidad de todo proceso social.

Es mi intención con esta ponencia, iniciar un proceso de aproximación y explicación alternativo, que partiendo del carácter dialéctico del proceso social trate de interpretar los conflictos y la aparición de diferentes movimientos y organizaciones sociales en relación a: 1) con el modo de acumulación en el cual se gestan y emergen; 2) como expresión de un proceso histórico que se interpenetra con las dimensiones y dinámicas culturales y políticas de construcción de instancias de legitimación de las relaciones sociales en términos de igualdad/desigualdad, dominación y hegemonía; 3) con la constelación de sujetos sociales particulares y los correlacionados procesos de construcción de subjetividades e identidades; y 4) a partir de un marco socio-histórico en donde la disputa por lo común, en tanto bienes materiales y simbólicos, promueve, facilita, restringe o hasta bloquea la gestación de luchas y disputas en tanto expresión dialéctica y mediada del entramado social de clases y fracciones de clases.

En escritos previos² inicié un trabajo de análisis crítico de las teorías del individualismo metodológico que sustancializan al movimiento social y lo convierten en un sujeto particular con límites precisos y demarcados³. El propósito de esta ponencia apunta a intentar interpretar y explicar las distintas fases del conflicto social y los

² Cfr. Galafassi, 2006 y 2012 (es importante también mencionar en este análisis crítico, el diálogo teórico con sendos escritos de Veltmeyer, 1997 y Puricelli, 2010)

³ Como ejemplo valen estos escritos emblemáticos, preocupados precisamente en diferenciar al movimiento social como sujeto social con identidad propia: Eyerman & Jamison, 1991; Riechman y Fernández Buey, 1995; Diani, 1992; Perez Ledesma, 1994; Raschke, 1994.

movimientos y organizaciones colectivas en tanto relación dialéctica con el modo de acumulación dominante (de lo común a lo privado) y la construcción ideológico-cultural de la época; analizando al mismo tiempo el rol que juegan los antagonismos entre clases sumado a identificaciones socio-culturales y políticas en la diferente sucesión y tipología de conflictos⁴. Esto no implica minimizar o dar por superada la contradicción capital/trabajo, sino considerar otra serie diversa de contradicciones que se expresan a través de luchas y protestas sustentadas en antagonismos de otra índole (género, étnia, cultura, política) interpelando permanentemente al proceso de construcción de identidades colectivas y conciencia social.

A priori se puede observar fácilmente una correlación entre, por ejemplo, la centralidad de la clase obrera como sujeto líder de las luchas en los momentos y en los espacios de fuerte desarrollo industrial potenciando la formación de una conciencia clasista a través de la experiencia (Thompson, 1963), o el desarrollo de conflictos agrarios y campesinos, con sus identidades particulares, en aquellos espacios poco o nada industrializados; o, en cambio, encontrar movimientos de desocupados, tan característicos de la reciente transición secular en Argentina, justamente cuando la tasa de industrialización y empleo bajan drásticamente. James O'Connor (2001), por ejemplo vincula movimientos ambientales y urbanos en relación a la descomposición de las condiciones de la producción en los países industrializados, razón por la cual estos movimientos emergieron con fuerza en los años '60 a pesar de haber existido en germen desde mucho antes, momento histórico por demás especial dada la confluencia de matrices de ideas marcadamente antisistémicas y contraculturales. La fuerte presencia de los movimientos campesinos en América Latina a lo largo de todo el siglo XX –en desmedro de un movimiento obrero amplio y diversificado, salvo algunas regiones y épocas como Bolivia de 1952, Brasil o la ya mencionada Argentina- se puede correlacionar a su vez con el fuerte carácter agrario y de dominación latifundista de esta región, creando al mismo tiempo un imaginario de transformación y liberación social vía los sujetos del campo, de ahí por ejemplo la sucesiva emergencia de guerrillas rurales en los años '60.

Antagonismos diversos y disputas por lo común

El surgimiento de la modernidad a costa de la superación del feudalismo por un lado y de la colonización y desaparición/absorción de múltiples culturas de los mundos extra-europeos significó saldar ciertas grietas en favor de valores nuevos como humanismo, racionalismo, libertad individual, igualdad de derechos y oportunidades, preponderancia de una perspectiva material de la vida en desmedro de las legitimaciones espirituales, etc. Pero al mismo tiempo, al definirse la modernidad en términos capitalistas se sentaron las bases de una contradicción fundamental (pero no única) dada entre el capital y el trabajo, por cuanto el capital necesita de la fuerza de trabajo para poder realizar su plusvalía al mismo tiempo que le significa costos que por lo tanto se tiende a eliminar o disminuir; y la fuerza de trabajo, dadas las condiciones de

⁴ Esto implica dejar de lado todo monismo teórico-metodológico que conllevaría darle una prioridad ontológica casi absoluta a la estructura o el agente, el sistema o el actor, lo colectivo o lo individual; para en cambio adoptar una perspectiva relacional que va por ejemplo desde Marx, pasando por Braudel, Elias (1988), Polanyi (1989) y Foucault hasta el más reciente trabajo de Bourdieu (2005), entre otros, sin que esto implique una superposición amorfa de categorías sino solo un sustrato de miradas que con sus diferencias, a veces importantes, apuntan sin embargo a una perspectiva epistemológica lo más alejada de cualquier variante de reduccionismo, tan perjudicial para cualquier proceso de praxis social.

“libertad individual” y disponibilidad única, de su capacidad laboral, necesita forzosamente emplearse para poder conseguir su sustento diario, vía el circuito del dinero, a pesar de que esto implica someterse a relaciones de explotación que por razones obvias no pueden aceptarse. Así, esta condición de necesidad mutua guarda esencialmente su propia impugnación, por la tendencia a la eliminación de los costos por un lado y de la relación de explotación por otro.

Pero junto a esta contradicción fundamental se constituye una condición básica asentada en la privatización de lo común, comenzando por la tierra en tanto medio de producción y del trabajo en tanto creador de valor que se traduce en la mercantilización ininterrumpida y creciente de las múltiples dimensiones de la vida. Si en el feudalismo y en las culturas extra-europeas previas a su colonización el carácter de lo común ocupaba un lugar de relativa alta importancia tanto en la producción como en los valores simbólicos, la lógica del capital fue cercenando crecientemente esta premisa por cuanto su propia constitución se asienta en la apropiación privada e individual de los medios de vida, su legitimación normativo-jurídica, su justificación ideológica y cultural y su rubricación política en tanto proceso de construcción de hegemonía.

Así, de la apropiación privada de la producción se pasa gradualmente a la constitución de la propiedad privada como un valor esencial y cada vez más excluyente en el modo de vida moderno-capitalista, cubriendo gradualmente todos los aspectos de la existencia; profundizados actualmente en la creciente y persistente tendencia neoliberal y en la profunda crisis de las diversas corrientes ideológicas y políticas críticas del capitalismo.

Y esta mercantilización y privatización de lo común (justificada y aceptada mayoritariamente) se entrecruza entonces con la contradicción fundamental, atravesando la esencialidad de la modernidad capitalista. Pero se superpone además con otra serie de antagonismos y contradicciones que persisten, surgen y/o se multiplican, pudiendo constituirse en ciertos casos y por momentos en antagonismos más sobresalientes que aquel definido entre el capital y el trabajo. Contradicciones y antagonismos de género, étnicas, político-regionales, entre la sociedad y la naturaleza, entre el capital y las condiciones de producción (la llamada segunda contradicción de capitalismo por O'Connor), contradicciones culturales y de valores (entre lo privado y lo común), entre los principios de liberalismo económico y aquellos del liberalismo políticos, entre el sujeto como individuo y el sujeto como ser social, entre lo común y lo privado como característica de los bienes materiales y simbólicos, entre las diversas formas de valorar la vida y la existencia, entre la aceptación inerte de una subjetividad impuesta y la construcción consciente de una subjetividad no domesticada, etc.

Entender la conflictividad moderna implica por lo tanto, atender a todas estas series de contradicciones y antagonismos, pues es a partir de ellas es que se construyen y emergen las diferentes series de procesos de conflicto montados sobre un soporte básico de una sociedad regida por la lucha de clases en tanto está constituida por clases antagónicas. Pero esta lucha de clases no se expresa todo el tiempo como tal en su faceta más explícita (como buena parte del marxismo la entendió al problematizar casi exclusivamente la contradicción burguesía/proletariado y su emergencia de conflictos) sino que está permeada en forma permanente por estas múltiples contradicciones, expresándose diferencialmente una o alguna de ellas de acuerdo tanto a la constitución social de que se trate como del proceso histórico de constitución de la misma. Y es así entonces que podemos reconocer, además de las clases (con toda su complejidad, en fracciones y procesos de construcción de conciencia diversos, que no se termina en una simple división binaria y maniquea) toda otra serie de sujetos colectivos, entre los cuales los movimientos sociales quizás hayan emergido en las últimas décadas como los

más característicos. Sujetos colectivos (tomados por el individualismo metodológico como alternativa de cambio de las clases sociales) que interaccionan dialécticamente con la constitución de la sociedad en clases y con el proceso subyacente de lucha de clases. Esto implica tener que reconocer toda una serie compleja de procesos de construcción de identidad y subjetividades que caracterizan tanto a las diferentes fracciones de clases como de sujetos colectivos y expresiones de la individualidad, que se montan entre y sobre los procesos políticos de dominación y construcción de hegemonía.

Entre la reproducción ampliada y la acumulación originaria

El reconocimiento actualizado de la persistencia en el presente de varios de los componentes de la acumulación originaria⁵ nos obliga a establecer ciertos puntos centrales que nos permitan identificar y al mismo tiempo diferenciar procesos, para de esta manera poder establecer correlaciones con tipologías de conflictos, sujetos y demandas. Tanto en la reproducción ampliada (acumulación propiamente dicha) como en la llamada acumulación originaria, se produce la separación entre productores y medios de producción, pero mientras la primera implica la reproducción (continua) a escala ampliada de dicha separación, en la acumulación originaria podemos hablar de la creación *ex novo* de dicha separación (de una vez y para siempre) (De Angelis, 2012, pp: 20-24). A su vez, mientras en la reproducción ampliada esta separación se da y se mantiene “naturalmente” en base al juego conjunto consenso-coerción impuesta por las relaciones económico-políticas; en la acumulación originaria la separación es creada, principalmente, por fuerza directa extraeconómica (que se complementa y/o transforma en indirecta, por vía político-legal, en la continuidad de los mecanismos de este modo de acumulación, como veremos más adelante). Y por último, podríamos establecer también que mientras en la reproducción ampliada lo que predomina son los mecanismos de explotación (extracción de plusvalía como componente esencial) en la acumulación originaria sería el mecanismo de expropiación (vía la fuerza) el predominante. La continuidad de los mecanismos de la acumulación originaria⁶ hace que esta conviva actualmente con los procesos de la reproducción ampliada, manifestándose una serie diversa de contradicciones y antagonismos además del neurálgico capital-trabajo, de tal manera que es posible identificar correlaciones con la conflictividad social, que vayan bastante más allá de una simple tipología de sujetos (nuevos o viejos movimientos sociales, por ejemplo) complejizándose también los procesos de construcción de hegemonía. Esta continuidad hace que en el presente, la aparición de procesos y componentes de la acumulación originaria respondan a una estrategia del capital con la intención de avanzar sobre aquellas áreas de las relaciones sociales todavía no del todo incorporadas al mercado en lugar de su papel “primitivo” en la fundación del capitalismo. Así, los mecanismos de la acumulación originaria representan en el presente no ya aquello que ocurre antes de la emergencia del modo de producción capitalista, sino más bien la base y la precondition para que la reproducción ampliada (o acumulación propiamente dicha) pueda llevarse a cabo con mayor amplitud. De Angelis apela al concepto de “doble movimiento” de Karl Polanyi, en el sentido de resistencia por parte de las instituciones sociales de protección ante el continuo embate del mercado por avasallar aquello todavía no mercantilizado. De esta

⁵ Ver Revista Theomai n° 25 y 26: <http://revista-theomai.unq.edu.ar>

⁶ Michael Perelman (2012) sostiene la idea de que el carácter continuo de la acumulación primitiva ya está presente en Marx a pesar que por razones políticas más que teóricas enfatizó siempre sobre la “silenciosa compulsión del mercado”

manera, el proceso de cercamiento propio de la acumulación originaria puede fácilmente ser identificado en todas las políticas neoliberales (tanto en la periferia como en los países centrales) que se llevaron por delante las áreas de protección en términos de derechos comunes creadas tanto por el Estado de Bienestar europeo como por los programas populares-reformistas de la periferia (Riker, 1990; Federici, 1990; Levidow, 1990; Harvey, 2004)

América Latina y la reconceptualización de la conflictividad social

“Nuevos movimientos sociales”, “movilización de recursos” y “acción colectiva” son todas maneras concurrentes de referirse a los procesos de conflicto, que como se dijo más arriba, eligen una mirada más fenoménica y con poco interés en la problemática de las clases y los procesos de acumulación. Pero también el conflicto puede leerse desde una perspectiva más dialéctica, analizando los actos fenoménicos en sus relaciones socio-históricas en donde las “novedades rupturistas” podrían más bien entenderse como procesos de cambio y de renovación en tanto características intrínsecas a la modernidad capitalista. De esta manera resultará más que útil considerar el origen del concepto “nuevos movimientos sociales” en las revueltas de los años '60 en los países centrales que apelaban al desvelamiento de los otros antagonismos no exclusivamente centrados en la contradicción capital/trabajo, pero sin que esto implique adherir ciegamente a todo el corpus teórico del individualismo metodológico que dio origen a esta categoría de análisis. Es que la aparición de nuevas o renovadas formas de conflictividad se asentó sobre cambios en los modos de acumulación que reconfiguraron no solo los procesos productivos sino también las relaciones sociales y los imaginarios culturales y colectivos y en los argumentos para construir hegemonía y contra-hegemonías; cambios sin los cuales no es posible entender la renovación de los conflictos y de las identidades participantes. Es decir que vemos la yuxtaposición de antagonismos, la renovación de las formas de protesta, de organización y de subjetivación, la diversificación de los conflictos y la expresión compleja y múltiple de un proceso estructural de lucha de clases, que no deja de existir a pesar del “relajamiento” de las reivindicaciones de la clase obrera como tal.

Al mismo tiempo, la realidad latinoamericana y de toda la periferia nos muestra sin tapujos una confrontación abierta entre sectores y bloques sociales ligados más directamente al mundo productivo en donde la vieja contradicción capital-trabajo (reproducción ampliada) se conjuga más abiertamente con la contradicción capital-condiciones de producción (acumulación originaria), tornando todavía más insuficiente aquel análisis a partir de categorías básicas y predominantemente subjetivistas y organizacionales. Pero al mismo tiempo, sería una equivocación desaprovechar los llamados de atención que conllevan, no sólo los cambios en los procesos socio-históricos de conflicto sino también la insistencia de las perspectivas del actor que provocan abiertamente a las miradas cerradamente estructuralistas y economicistas. Éstas nos deben invitar, por lo tanto, a reflexionar también sobre y a partir de la interacción dialéctica sujeto/proceso social - subjetividad/historia – cultura/economía y política/acumulación.

América Latina es rica y obvia al mostrar profundamente todas estas interacciones socio-históricas, socio-estructurales, simbólicas y culturales, tanto en su diversidad exterior, así como en sus relativas determinaciones en común. Los mecanismos de la acumulación originaria interactúan en un juego permanente pero renovado con las definiciones de la reproducción ampliada dominante, conformando así

una complejidad histórica y espacial de los procesos de conflicto que no puede ser ignorada, ni tampoco reificada en tanto ausencia de nodos tendencialmente dominantes.

Pero vale destacar que toda la diversa serie de procesos de conflictividad social en América Latina de la última década ha generado una muy numerosa literatura que intenta precisamente explicarlos principalmente en base a los esquemas teóricos del mundo desarrollado centrados en lo fenoménico y lo organizacional. Estos conflictos nos sirven gráficamente para problematizar las distintas categorías de interpretación, tanto del individualismo metodológico como de las perspectivas dialécticas vistas más atrás. Para el caso de Argentina, quizás lo más destacado hayan sido los numerosos cortes de ruta de fines de los '90 y principios de los '2000 que sirvieron como acicate fundamental para volver a poner el conflicto social en un lugar destacado del análisis sociológico (Galafassi, 2012). Primero en Cutral-Co y Plaza Huincul (Neuquén) y luego en Gral. Mosconi (Salta) se producen fuertes puebladas que tienen básicamente como protagonistas a ex – trabajadores, para extenderse luego al resto del país. La abundante producción académica de la época los define rápidamente como los primeros representantes en el país de los llamados “nuevos movimientos sociales”, marcando así un corte fundamental con todo proceso de conflicto previo⁷. Pero remarquemos que se trata de conflictos protagonizados fundamentalmente por ex trabajadores que en el momento se encontraban en una situación de desocupación al ser en su mayoría despedidos en el marco de la racionalización económica; y que los procesos de construcción de hegemonía de la época los catalogaba como “sobrantes” a partir de las interpretaciones diversas de la intelectualidad y prensa orgánicas. Pero si nos remitimos entonces a un análisis basado en la correlación conflicto-acumulación, podemos vislumbrar la riqueza analítica encerrada en estos procesos de conflicto. Es que los sujetos parten de la condición de trabajador industrial ocupado, posición clásica de la reproducción ampliada; para pasar a ser trabajadores desocupados a través de un proceso de “cercamiento” de los “bienes sociales comunes” (que remite a los componentes y mecanismos de la acumulación originaria que persistirían) vía las políticas de privatización y financiarización de la economía⁸.

Los bienes comunes sociales (a lo que hace referencia De Angelis) aparecen en escena en el marco de los conflictos y antagonismos característicos de la reproducción ampliada. Serán estos bienes comunes sociales conquistados los que son “expropiados” vía mecanismos de la acumulación originaria (“nuevos” cercamientos), al entrar en vigor el modo de acumulación neoliberal. Se produce de nuevo una separación, ya no quizás entre el trabajador y sus medios de producción originales, sino entre el trabajador

⁷ Cfr. Svampa, 2003; Auyero, 2004; Giarraca, 2001; Schuster, 2005.

⁸ Respecto al carácter continuo de los procesos de cercamiento y a los bienes comunes sociales, vale remitirse por un instante a un trabajo de Massimo De Angelis (2012: 33), “...*enfaticar sus características comunes nos permite interpretar lo nuevo sin olvidarnos de las duras lecciones de lo viejo. [...] el actual proyecto neoliberal, que de diversas maneras se propone avanzar sobre los bienes comunes sociales creados en el período de posguerra, se establece a sí mismo como una moderna forma de cercamiento, que algunos denominan como “nuevos cercamientos”. Así, la comprensión del carácter continuo de los cercamientos ilumina dos cuestiones cruciales. Primero, el hecho de que existe un sustrato común entre las diferentes formas fenoménicas que adoptan las políticas neoliberales y que, por lo tanto, las poblaciones del Norte, Este y Sur están enfrentando estrategias de separación de sus medios de existencia, posiblemente diferentes en apariencia, pero sustancialmente similares en sus lógicas profundas. Segundo, esto nos permite identificar la cuestión esencial que cualquier debate sobre las alternativas en el marco del creciente movimiento global anti-capitalista debe plantearse: el problema del acceso directo a los medios de existencia, producción y comunicación; el problema de los bienes comunes”.*

y sus condiciones de vida mejoradas gracias a la conquista de los bienes comunes sociales.

Para los casos de los conflictos de General Mosconi y Cutral-Co mencionados más arriba, la empresa petrolera YPF, de propiedad estatal, constituía el eje del desarrollo, ya que además de ser una fuente de trabajo regional, asumía toda una matriz de desarrollo local ligada a la intervención del Estado, ya sea, vía la misma empresa, o a través de organismos y procesos vinculados a otras áreas complementarias, motorizando y sosteniendo a su vez una red de mercado capitalista regional creando así “polos de desarrollo” en donde la desocupación era marginal y creando al mismo tiempo un entramado de cultura comunal local y de subjetividades que dependían fuertemente de la presencia de la empresa estatal, construyendo la identidad del “ypefiano”, bases de sustentación al mismo tiempo de los procesos de hegemonía política locales. Al privatizarse YPF, se desmorona todo este entramado de contención, al imponerse un “nuevo cercamiento” sobre las condiciones de existencia en base a “bienes sociales comunes” (que promovía la YPF estatal) ganando la desocupación la primera plana, al expulsar trabajadores dejándolos sin trabajo, y al hacer desaparecer el mecanismo de promoción de políticas de bienestar y sostenimiento regional. Una serie sucesiva de grandes procesos de conflicto fue la consecuencia (puebladas de 1996 y 1997 en Cutral-Có / Plaza Huinul, Neuquén y 1997-2001 en Tartagal / Gral. Mosconi, Salta), en donde los trabajadores (ayer ocupados, hoy desocupados) y todo su entorno familiar y comunitario se rebelaron ante esta situación demandando trabajo y la recuperación de los bienes sociales comunes perdidos. Al trastocarse las identidades previas, se reconstruyen estas y se va logrando una organización de lucha, solidaridad y nuevas formas de auto-sustentación que tendrán diferentes historias de acuerdo a variables diversas de las regiones en cuestión. Las nuevas relaciones hegemónicas generaron excluidos que pasaron a luchar por ser incluidos nuevamente, o en algunos casos por cambiar las relaciones de dominación.

Recordemos que se caracteriza al proceso de la acumulación originaria como la separación del trabajador de sus medios de producción. En el propio contexto de la reproducción ampliada, con una parte importante de la clase trabajadora regional en condición de desocupación, se observa un proceso de reedición de esta separación, a través del despojo de sus medios de ingreso (salario). El resultado es el mismo: dejar al trabajador a merced de las ofrendas del sistema, trabajo asalariado en los inicios de la industrialización o subsidios para desocupados en el contexto de la privatización. Del despojo de sus medios de producción al despojo de sus medios de ingreso, así es como pueden entenderse los procesos de cercamiento de los bienes sociales comunes. Los movimientos de trabajadores desocupados y los de fábricas recuperadas interpretaban al trabajo como un “bien social común”, como un derecho, como la condición básica para constituirse en asalariado, para constituirse como clase (más allá que mucha veces la subjetividad e identidad no acompañe necesariamente con su condición social de base, proceso en el cual intervienen, entre otros, los diversos dispositivos culturales y políticos generados a partir de la construcción ramificada y compleja de hegemonía por parte de las fracciones de clase dominantes y sus aliadas). A pesar de ser el trabajo asalariado sinónimo de creación y transferencia de valor, es el único medio de subsistencia para los trabajadores en las sociedades capitalistas y de ahí que su ausencia vía el despojo originaba el reclamo por recuperar un bien común, un derecho perdido vía la política de la privatización.

En síntesis, podemos ver cómo desde procesos enrolados en la reproducción ampliada al introducirse condiciones y situaciones de “despojo por la fuerza”

(característicos de la llamada acumulación originaria) se termina en conflictos en donde los sujetos siguen siendo aquellos característicos de los procesos de la reproducción ampliada. Muchas situaciones nuevas se suceden, pero sin embargo no podemos hablar cabalmente de nuevos sujetos o nuevos movimientos, sino del cambio de condición de un mismo sujeto, el obrero, en la medida que van cambiando los parámetros y procesos de las formas en que se desenvuelve el modo de acumulación en su evolución. Sobre estas premisas básicas del análisis, se podrán considerar toda una serie de procesos de subjetivación, organización del movimiento y construcción y reconstrucción de identidades en tanto sucedáneos de los procesos de conflicto dialécticamente relacionados a los cambios en el modo de acumulación.

Por su parte, las movilizaciones de campesinos y de pueblos originarios que se vienen gestando a lo largo de toda América Latina desde el mismo momento de la conquista, así como los más recientes movimientos para oponerse a los proyectos mega-extractivos, intentaron e intentan poner un freno al “saqueo” del territorio que afecta de modo directo la continuidad de la vida de cientos o miles de comunidades. Se posicionan tomando a la naturaleza y al territorio como un bien común, adoptando de esta manera el papel histórico más tradicional en la argumentación sobre los fenómenos de despojo por la fuerza, vinculado a los procesos de la clásica acumulación originaria. Territorio y naturaleza en tanto bienes comunes remiten directamente a los postulados de Marx y Luxemburgo, pero también al tratamiento que hiciera el ecologismo crítico de los años ‘60 sobre el tema, o con los planteos –claramente más liberales- referidos a la tragedia de los comunes también por los mismos años (Hardin, 1968) o los planteos actuales que recuperan la discusión sobre la pervivencia de los mecanismos ligados a la acumulación originaria⁹.

Bienes comunes naturales y sociales, materiales y simbólicos, comparten posiciones y condiciones en la historia de la civilización y así también lo hacen desde la conceptualización teórica todas aquellas organizaciones y movimientos que se inscriben en esta tipología de conflictividades, al ser la atomización mercantilista de lo humano aquello que está en juego. Tanto los pueblos originarios y campesinos que parten de su organización más comunitaria y su uso común de la tierra y los recursos¹⁰, como el movimiento Neozapatista, el Movimiento sin Tierra, las tesis del Buen Vivir, las asambleas que se oponen al saqueo ambiental del presente, junto a la histórica organización comunitaria y cooperativa de la clase obrera en tanto “clase para sí”, o las más recientes prácticas organizativas y productivas de movimientos de desocupados, asambleas ciudadanas u organizaciones de fábricas recuperadas, comparten varias premisas que rescatan la idea de bien común; premisa esta que es obturada, vía los cercamientos y la privatización (ya sea temprana o tardía) tanto por los mecanismos de la acumulación originaria como por los mecanismos de la reproducción ampliada¹¹.

⁹ Ver Revista Theomai 25 y 26 dedicadas íntegramente a tratar esta problemática. <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2025/Index.htm> (Modos de acumulación, recursos naturales y dominio colonial en América Latina); <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2026/Index.htm> (Trazos de sangre y fuego.: ¿continuidad de la acumulación originaria en nuestra época?)

¹⁰ Problemática que Mariategui en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* lo dejó claramente planteado hace ya muchas décadas.

¹¹ “Las tierras y pasturas comunales mantenían vivo en la comunidad un vigoroso espíritu cooperativo; los cercamientos lo hambrearón. Históricamente, los campesinos tenían que trabajar juntos amigablemente, para acordar la rotación de cultivos, la utilización de pasturas comunes, el mantenimiento y la mejora de sus pastos y prados, la limpieza de las zanjas, el cercado de las tierras. Trabajaban intensamente codo a codo, y caminaban juntos del campo al pueblo, de la granja al brezal,

Los así llamados “nuevos movimientos sociales”, a la vez que han descentrado las demandas desde la contradicción básica capital-trabajo hacia otras contradicciones y antagonismos, han puesto sobre el tapete muchos mecanismos de alienación cultural y también la problemática de los bienes comunes más allá de la cuestión de clase (Galafassi, 2012). Con la consolidación, en los países centrales, del pacto keynesiano entre capital-trabajo se desplegaron toda una serie de luchas fragmentadas, que continúan hasta nuestros días, en pos de reivindicaciones contra la alienación más allá del estricto campo material de la explotación salarial (alienación cultural, simbólica, ideológica, cotidiana, ambiental, etc)¹²; luchas en el marco de la reproducción ampliada pero que excedían y exceden aquellas perspectivas estrechas de la contradicción capital-trabajo que veían y ven a la clase obrera como el único sujeto válido en los procesos antagónicos de las sociedades modernas. Se viene dando una lucha por la “desmercantilización” de ciertos consumos y esferas de la vida, intentando reconstruir un espacio de bienes comunes por fuera de los mecanismos del mercado, quitándolos, separándolos de la reproducción ampliada, aunque, como se dijo, en muchos casos los propios involucrados en el conflicto no lo argumenten en este marco de totalidad sino primordialmente en términos de una lucha focalizada y puntual. Una construcción contra-hegemónica y reconstitutiva de una subjetividad e identidad diferente, aunque muchas veces solapada y no explícita, está presente en este proceso. En contra de las premisas del neoliberalismo que representa la inteligente y eficaz estrategia para volver a reconstruir cercamientos -vía las privatizaciones y la liberalización del mercado- a los bienes sociales comunes que se habían “recuperado” con el estado benefactor, fragmentando aún más los procesos de lucha al exacerbar la perspectiva individualista y competitiva de la vida. Se hace necesario entonces un ejercicio teórico de re-unificación, tanto de las miradas fragmentadoras como de las fragmentadas protestas y luchas, retomando los horizontes integradores de las diversas teorías críticas no dogmáticas, articulando dialécticamente conflicto, con acumulación y construcción de hegemonía.

Si los movimientos pacifistas, ecologistas, estudiantiles de los países centrales en los años '60 denunciaban, por un lado, el carácter alienante de la sociedad de consumo que excedía el marco de explotación del puesto de trabajo, los movimientos de liberación nacional y social del Tercer Mundo mostraban, por otro -aunque muchas veces de maneras truncas-, que la lucha de clases no se restringía exclusivamente al obrero industrial y tomaban la bandera de una mayor amplitud que incluía necesariamente horizontes políticos, geopolíticos y de desarrollo regional como reivindicación principal con el objetivo de reconstituir lazos comunitarios igualitarios (objetivo que no muchas veces llegó al éxito). Los movimientos antiglobalización de los años '90 sitúan más explícitamente la problemática de los bienes comunes, y las infinitas protestas de campesinos y pueblos originarios en América Latina y otros puntos del subdesarrollo vuelven a situar la cuestión de la tierra y el territorio como un aspecto insoslayable de los procesos de acumulación. La democracia deliberativa de los muy diversos movimientos asamblearios a lo largo del mundo ha vuelto a reaparecer -

en la mañana, la tarde y la noche. Todos dependían de los recursos comunes para obtener su combustible, su ropa de cama, y forraje para su ganado, y poniendo en común muchas de las necesidades de subsistencia, eran disciplinados desde la primera juventud para someterse a las reglas y costumbres de la comunidad. Luego de los cercamientos, cuando cada hombre pudo apropiarse de una porción de la tierra y expulsar a sus vecinos, se perdió la disciplina de compartir las cosas con los vecinos, y cada hogar se convirtió en una isla en sí misma” (Thirsk, 1967)

¹² O lo que Gramsci (1992) llamaba “conflictos superiores al mundo material inmediato”.

aunque en forma fragmentaria y con vaivenes- en tanto un bien común organizativo básico de todo movimiento antisistema, como reacción primaria al individualismo de la democracia representativa pero también a la burocratización y dogmatización de la izquierda y los sindicatos tradicionales. Al incrementarse exponencialmente la mercantilización de la vida con el neoliberalismo, el rescate del concepto de bien común posibilita rever el proceso original y característico de todos los modos de acumulación bajo el reinado del capital, que implican necesariamente la separación del trabajador de sus medios de existencia. Pero esta separación hay que entenderla en toda su complejidad, por cuanto no se limita exclusivamente al proceso de intervención manual sobre el objeto de trabajo en el puesto laboral, sino que abarca a las diversas dimensiones complejas que estructuran la vida de los hombres dentro del modo de acumulación capitalista. Al ser la separación la marca de origen, luego se manifiesta en cada uno de los aspectos cotidianos que van siendo paulatinamente cercados y privatizados para poder así el capital administrarlos. Estado y capital administran estratégicamente este proceso. Así, ante el avance del comunismo soviético en el primer mundo -o su expresión vernácula en el tercer mundo-, la respuesta fue el Estado de Bienestar o el reformismo populista (quienes se encargaron de recrear espacios comunes vía el pleno empleo y el consumo amplio, por ejemplo) que dejaba fuera, temporalmente, ciertos procesos de cercamiento. Pero luego y rápidamente se desandan estos pasos una vez la instalación de las últimas dictaduras en América Latina o la caída del muro de Berlín en Europa, y el individualismo creciente se impone con las recetas de cercamientos neoliberales. Cercamiento y despojo se suceden entonces a lo largo de la historia del capital, manteniendo vivos ciertos mecanismos de la acumulación originaria que se interpenetran con la contradicción básica de la reproducción ampliada constituida por la relación capital-trabajo.

Consideraciones finales

Los conflictos y las luchas deben entenderse entonces en el marco de este juego siempre dialéctico, que puede asumir características arquetípicas de la reproducción ampliada (conflictos del mundo del trabajo, clase obrera, salarios, desocupación, etc.) o de la persistencia de los mecanismos y componentes de la acumulación originaria (privatización de bienes comunes); o de las diversas combinaciones complejas entre ambos. Pero los conflictos son a su vez contruidos socialmente en términos de su significación y de su legitimación identitaria y simbólica, así como las estrategias de protesta, de lucha y de deconstrucción de las hegemonías establecidas en términos del cuestionamiento a los intereses particulares devenidos en ficticios intereses generales. Esto hace que históricamente varíe la conformación tanto de las formas y características en que se dan los modos de protesta y lucha, como las razones más específicas que motivan los conflictos. Es muy distinta la conflictividad social en un contexto político-ideológico-cultural que potencia la construcción colectiva de herramientas de cambio que cuando lo que prima es la máxima hobbesiana de la supervivencia individual; los antagonismos que afloran no tienen por qué ser siempre los mismos, más allá de la permanencia de la contradicción fundamental. Existe ciertamente una legitimación hacia aquello que puede ser o no objeto de protesta, aunque obviamente esta legitimación se construye históricamente a partir de la interacción entre el entramado complejo de las relaciones de producción y los procesos de subjetivación y construcción de sentidos, que en una sociedad de clases estarán siempre mediados por los procesos de dominación y hegemonía (Galafassi, 2011). Así, cualquiera sea el caso particular, la norma general será el conflicto en el marco de la pervivencia de la lucha de clases, entendida esta en

términos claramente dialécticos, dinámicos y complejos, en donde la clase también se construye a sí misma, lucha que a su vez se manifiesta de múltiples maneras. Porque la división de la sociedad en clases, los procesos varios de antagonismo, hegemonía y la lucha entre clases permean toda la dialéctica social, todo agregado y proceso social. Pero esto de ninguna manera implica que cada situación presente en la sociedad pueda explicarse directa y simplemente como lucha de clases a *prima facie* y de manera mecánica a través de la contradicción capital/trabajo. Por el contrario, junto a la lucha de clases arquetípica expresada en la contradicción capital/trabajo y en esta lucha de clases en sí misma se manifiestan toda otra serie de antagonismos (étnicos, de género, de status, culturales, por lo común y lo privado, etc.) que se interpenetran con la contradicción fundamental (jugando incluso en ocasiones en sentidos contrarios), pudiendo ser valioso volver a discutir la dinámica dialéctica entre contradicción y sobredeterminación. Es decir que las contradicciones estructurales (básicamente capital-trabajo) están sobredeterminadas por otras instancias que a su vez tienen autonomía relativa respecto a las primeras. Así, contradicción pasa a ser una totalidad compleja en donde lo estructural es precisado permanentemente por antinomias de origen cultural, ideológico, político, socio-ambiental, etc. De esta manera los conflictos sociales ni pueden explicarse exclusivamente en base a una mecánica interpretación de la lucha de clases (aquella que identifica clase exclusivamente con obrero industrial) ni mucho menos en base a una mirada reducida desde el individualismo metodológico. Cada situación, cada proceso de conflicto, se construye social e históricamente, estando siempre permeado por condiciones de la lucha de clases, pero a su vez se enriquece y hasta es determinado primariamente, en base a otros antagonismos y a complejas relaciones de poder¹³, dando de esta manera un abanico diverso de situaciones que van desde conflictos con claros y evidentes rasgos de antagonismo “clásico” (conflictos de la clase obrera industrial, por ejemplo) hasta otros en donde la superposición y complejidad de antagonismos es más que evidente (ecologismos policlasistas, protestas de las clases medias, por ejemplo). En esta diversidad de situaciones, sin embargo, las condiciones del modo de acumulación serán un componente siempre presente, interactuando dialécticamente con la serie de antagonismos en disputa. Crea, cuanto menos, el marco del conflicto, encaminando las individualidades y su expresión diversa y marcando los límites para un determinado tejido de relaciones materiales, políticas y socioculturales que definirán coacciones sociales que van más allá de las decisiones individuales y que interactúan con estas. Esta dinámica es lo que hace que la novedad sea permanente, sucesiva y recurrente, de tal manera que fijar a un determinado conflicto o movimiento social como nuevo “per se” constituye una herramienta heurísticamente superficial que sólo mira el costado estático de la compleja realidad social.

Los conflictos sociales entonces sólo podrán entenderse en este entramado complejo y dialéctico, y en razón de sus procesos de construcción sociohistóricos. Esto significa abandonar definitivamente cualquier intento de monismo teórico-metodológico para ser reemplazado por una primacía de las relaciones, de relaciones dialécticas, descartando así también la simple trama de relaciones sistémicas sin jerarquías. Sólo un proceso de conocimiento basado en la comprensión y explicación de las relaciones dialécticas asentadas en la presencia de antagonismos nos permitirá superar los reduccionismos dominantes.

¹³ Por poder me refiero al mismo en tanto relaciones y no como cosa fijada, tal lo entendía hace ya tiempo Gramsci (1975), y que más recientemente Foucault (1980) volviera a problematizar.

Bibliografía

- AUYERO, Javier, (2004). *Vidas beligerantes: dos mujeres argentina, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento*. Quilmes: Editorial UNQ.
- BONEFELD, Werner, (2001). The Permanence of Primitive Accumulation: Commodity Fetishism and Social Constitution, en *The Commoner*, n° 2, September, <http://www.thecommoner.org>
- BOURDIEU, Pierre y L. WACQUANT, (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- COSER, Lewis, (1954). *The functions of Social Conflicts*. New York: The Free Press.
- De ANGELIS, Massimo, (2012). Marx y la acumulación primitiva: el carácter continuo de los cercamientos capitalistas, en *Revista Theomai* n° 26, segundo semestre; pp. 16-35.
- DIANI, Mario, (1992). The concept of social movement, en *The Sociological Review*, 40 (1), Chicago.
- ELIAS, Norbert, (1988). *El proceso de la civilización*. México, FCE.
- EYERMAN, Ron and Andrew JAMISON, (1991). *Social Movements. A Cognitive Approach*. Pennstate University Press.
- FEDERICI, Silvia, (1990). The debt crisis, Africa and the New Enclosures, en *Midnight Notes* ° 10, pp. 10-17, New York.
- FOUCAULT, Michel, (1980). *Microfísica del poder*. Barcelona, La Piqueta Ediciones.
- GALAFASSI, Guido, (2006). Cuando el árbol no deja ver el bosque. Neofuncionalismo y posmodernidad en los estudios sobre movimientos sociales, en *Revista Theomai*, n° 14, segundo semestre, pp. 37-58, <http://revista-theomai.unq.edu.ar>
- GALAFASSI, Guido, (2006). *Naturaleza, Sociedad y Alienación. Ciencia y proceso social en la modernidad*. Montevideo: Nordan-Comunidad.
- GALAFASSI, Guido -comp.-, (2011). *Ejercicios de hegemonía. Lecturas de la Argentina contemporánea a la luz del pensamiento de Antonio Gramsci*. Buenos Aires: Herramienta ediciones.
- GALAFASSI, Guido, (2012). Para una relectura de los procesos de conflicto y movilización social en la Argentina de inicios del milenio (2001-2003), en *Revista Mexicana de Sociología* 74 (1), pp. 69-88, enero-marzo.
- GALAFASSI, Guido, (2012). ¿Qué hay de nuevo, viejo? Procesos de movilización y conflictos socioambientales. *Conflicto Social* Año 5, n° 8, pp. 8-40.
http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/revista/08/04_galafassi.pdf
- GIARRACA, Norma, (2001). *La protesta social en la Argentina*. Buenos Aires, Alianza.
- GRAMSCI, A., (1975). *Quaderni del carcere*. Turín, Einaudi.
- GRAMSCI, A., (1992). Análisis de situaciones y correlaciones de fuerzas, en *Antología, selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*. México: Siglo XXI.
- HARVEY, David, (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- LEVIDOW, Les, (1990). Holding the Green Line, Israeli Ecological Imperialism, en *Midnight Notes* ° 10, pp. 23-27, New York.
- MARIATEGUI, José Carlos, (1928). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Varias ediciones.
- MARX, Karl, (2004). *El Capital, tomo I, vol. 3, El proceso de producción del capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- MARX, Karl, (1974). *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Buenos Aires: Brumario.
- O'CONNOR, James, (2001). *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*. México, Siglo XXI.
- PERELMAN, Michael, (2012). La historia secreta de la acumulación primitiva y la economía política clásica. *Revista Theomai* n° 26, pp. 36-55.
- PEREZ LEDESMA, Manuel, (1994). Cuando lleguen los días de cólera. Movimientos sociales, teoría e historia. *Zona Abierta*, n° 69.
- POLANYI, Karl, (1989). *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid, Ediciones de la Piqueta.
- PURICELLI, Sonia, (2010). *El movimiento el campo no aguanta más. Auge, contradicciones y*

- declive* (México, 2002-2004). México, Plaza y Valdés.
- RASCHKE, Joachim, (1994). Sobre el concepto de movimiento social. *Zona Abierta*, n° 69.
- REVISTA THEOMAI 25, (2012). *Modos de acumulación, recursos naturales y dominio colonial en América Latina*; <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2025/Index.htm>
- REVISTA THEOMAI 26, (2012). *Trazos de sangre y fuego.: ¿continuidad de la acumulación originaria en nuestra época?*; <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2026/Index.htm>
- RIECHAMAN, Jorge y Francisco FERNÁNDEZ BUEY, (1995). *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona, Paidós, 1995.
- RIKER, David, (1990). The struggle against enclosures in Jay, Maine. *Midnight Notes* ° 10, pp. 42-53, New York.
- SCHUSTER, Federico, (2005). Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva, en Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra (comp.), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires, Prometeo Libros
- SVAMPA, M. y S. PEREYRA, (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires, Biblos.
- THIRSK, Joan, (1967). *The agrarian history of England and Wales*. Cambridge University Press.
- THOMPSON, E.P.,(1963). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid, Capital Swing.
- VELTMAYER, Henry, (1997). New Social Movements in Latin America: the Dynamics of Class and Identity. *Journal of Peasant Studies*, vol. 25, n° 1.